

Carlos Domínguez

TRES MUJERES JUDÍAS REPIENSAN A DIOS

Edith Stein, Simone Weil y Etty Hillesum



Desclée De Brouwer

Carlos Domínguez Morano

**TRES MUJERES JUDÍAS
REPIENSAN A DIOS**

Edith Stein, Simone Weil y Etty Hillesum

DESLÉE DE BROUWER
BILBAO

© Carlos Domínguez Morano, 2024

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A., 2024

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos

–www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3247-8

Depósito Legal: BI-01570-2023

Impresión:

Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios.

—Edith Stein

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado”.
Esa es la auténtica prueba de que el cristianismo es algo divino.

—Simone Weil

Quisiera ser un bálsamo para todas las heridas.

—Etty Hillesum

*A Alfonso Ijano, Antonio Farelo, Manolo Muñoz,
Manolo Rivas y Pepe Vázquez,
amigos de infancia y para siempre.*

ÍNDICE

I. UN TIEMPO SOMBRÍO PARA REPENSAR A DIOS	15
Un mundo en llamas.	15
Tres caminos y un mismo origen y fin	20
II. TRES HISTORIAS, TRES PERSONALIDADES.	27
Edith Stein: La forja de un carácter	27
El vínculo materno.	27
Equilibrio emocional y reserva	31
Una apasionada búsqueda de la verdad	35
Vida amorosa reservada	42
Vida en el Carmelo	49
El final.	53
Simone Weil: Una personalidad inquietante y compleja	58
Una vida enraizada y enrevesada	58
Las determinaciones familiares	64
Una mujer extraña e inquietante.	72
La desdicha pensada ¿e inconscientemente buscada?	77
Filósofa	84
Activista y obrera	91
Combatiente en la Guerra Civil Española.	97
Exiliada en búsqueda.	101
Mística, política y utópica	106

Etty Hillesum: Del caos a la integración	113
Una determinante figura paterna	115
Una “neurosis familiar”	119
Julius Spier: el “partero de mi alma”	125
La evolución de un vínculo	129
Una sexualidad transformada por la sublimación.	136
De Westerbork a Auschwitz	146
III. TRES MUJERES ANTE LA MUJER	159
Edith Stein, feminista y católica	160
Simone Weil, feminista a su pesar	172
Etty Hillesum, hipperfemenina y libre	181
IV. TRES MUJERES JUDÍAS	189
Edith Stein, católica siempre judía	191
Simone Weil, judía muy a su pesar	200
Etty Hillesum, judía más allá del judaísmo	209
V. TRES TRAYECTORIAS ESPIRITUALES	217
Edith Stein o la búsqueda de la verdad.	217
Familia y revuelta.	217
Primeros impactos	219
Encuentros decisivos	222
¿Por qué santa Teresa?	227
La experiencia mística	230
De la búsqueda al encuentro	235
La ciencia de la Cruz	239
Una Cruz que mira al mundo	246
Simone Weil o el compromiso sociopolítico.	251
Un punto de partida: la desdicha padecida	251
La desdicha pensada	254
Tres experiencias fundamentales	258
Portugal (1935)	258
Asís (1937)	261
Solesmes (1938)	264

Presencia y ausencia.	268
Un Dios “kenótico”	274
El amor y la belleza	278
Obediencia, atención y espera	285
A la espera en el umbral.	292
Etty Hillesum o el vínculo del amor	300
La chica que no sabía arrodillarse.	300
Escucharé lo que hay en mi interior	307
Lo que yo llamo Dios.	311
La vida es bella, a pesar de todo	317
Sentido en el sinsentido	324
El amor que vence al odio	334
Un Dios sin apellidos	343
También mística	355
Ayudar a un Dios indefenso.	367
Desenterrar a Dios en los otros	373
CONCLUSIÓN: LA BELLEZA Y EL PODER INERME DEL AMOR DE DIOS.	379

I

UN TIEMPO SOMBRÍO PARA REPENSAR A DIOS

Un mundo en llamas

Quizás nunca en la historia de la humanidad el poder ha mostrado un rostro más sombrío que el que dejó ver a lo largo del siglo XX: Dos guerras mundiales, el nazismo y el estalinismo, dictaduras sangrientas como las de los Jémeres Rojos con Pol Pot en Camboya, la de Pinochet en Chile, la de los militares en Argentina, sin olvidar la de Franco en España. Pero quizás, entre todas ellas, ese rostro mortífero del poder se mostró con su aspecto más terrorífico en la “Shoah” (la “Catástrofe”), el Holocausto del pueblo judío, en lo que fue el mayor genocidio conocido de la historia, perfectamente diseñado, orquestado y llevado a cabo. Todos tenemos grabadas en la memoria las imágenes que hemos podido contemplar en los numerosos documentos que se conservan de aquel horror que, por el nivel de espanto que provocan, se mantienen en nosotros como un misterio incomprensible sobre lo que la maldad humana es capaz de llevar a cabo. En ningún otro espacio los visitantes pueden mostrar unos rostros más demudados, enmudecidos, como cuando visitan Auschwitz. Pocas películas pueden sobrecogernos, si tenemos el valor de contemplarlas, como las que reproducen aquel infierno. Por lo increíble que resulta lo que allí observamos, parece que nos vemos obligados a repetirnos a nosotros mismos que aquello, efectivamente, ocurrió así en los términos que contemplamos o quizás aún peores. El hecho de que en nuestros días

existan personas negacionistas sobre lo que allí ocurrió es algo que asombra y resulta igualmente incomprensible y, también, que genera un razonable temor.

Sabemos que ninguno de nosotros, los que no vivimos de cerca ese horror, podremos nunca llegar a percatarnos de lo que pudo suponer para las personas que lo padecieron en sus carnes. Por eso es tan importante que tengamos el coraje de asomarnos una y otra vez a contemplar, a escuchar, a leer todo documento que esté a nuestra disposición para que, sabiendo lo que ha ocurrido en nuestra Europa, nos alerte sobre el grado hasta el que la condición humana puede llegar a degradarse. Hitler no llegó al poder de un día a otro. Fueron dinámicas perversas las que se instalaron progresivamente en todos los sectores de la sociedad hasta que “el huevo de la serpiente” dio luz a la creatura infernal¹. Alarman en nuestros días las tendencias y corrientes autocráticas que ganan peso y apoyo en la población en dinámicas de autoritarismo y supremacismo que no se alejan mucho de aquellas otras que se fueron progresiva y subrepticamente instalando en Europa en los comienzos del siglo XX.

Fenómenos como los del nazismo y, en general, todo tipo de tiranía, crecen y se sostienen gracias a una sacralización perversa del poder. Este se convierte en una especie de entidad que se cree suprahumana, por encima de toda norma que no sea la de su omnipotente voluntad. La figura de Hitler constituye uno de los ejemplos más dramáticos de ese proceso de sacralización por el que creyó llegar ser, con la complicidad de tantos otros, dueño y señor de la vida o muerte de todo un pueblo.

Ese fenómeno de sacralización del poder se vio sin duda favorecido por los efectos que a lo largo de todo el siglo XIX tuvo la Ilustración y el cuestionamiento de todas las creencias religiosas. Un espacio quedó peligrosamente libre para propiciar la emergencia de nuevas sacralizaciones que acertaran a presentarse ante la

1. Cf. La película de Ingmar Bergman con ese título, la impactante de Michael Haneke *La cinta blanca* o la serie televisiva alemana *Babylon Berlin* constituyen unas buenas muestras de lo que se fue gestando durante años hasta dar lugar al régimen nazi.

población como aseguradoras de una protección y de una capacidad para orientar la vida que antes tan solo podían ofrecer las creencias religiosas.

El fenómeno fue analizado con clarividencia profética por Sigmund Freud en *Psicología de las masas y análisis del Yo*². En la constitución y mantenimiento de los grupos sociales operan algo más que intereses de tipo meramente utilitario, como podrían ser los económicos o los políticos. Existen otros componentes de orden emocional que es necesario tener en consideración. Efectivamente, en *Psicología de las masas y análisis del Yo* se nos da cuenta de la dinámica social por la que el líder puede transformarse en una figura que ostenta todos los rasgos de omnipotencia y protección que imaginariamente parecieron ofrecer las figuras parentales en la infancia y que luego son transferidas generalmente sobre Dios. Existe en el ser humano una nostalgia de omnipotencia que brota de la fragilidad con la que se ve para afrontar la existencia, así como de la conciencia de su finitud, sobre todo, ante el hecho insoslayable de la muerte.

También Jung, desde una óptica diferente a la freudiana, en su reflexión sobre lo que el nazismo supuso (frente al que había mantenido anteriormente posiciones, por lo menos un tanto ambiguas), desvela la dinámica psíquica que tuvo lugar en la figura de Hitler. Así lo hace en el conmovedor texto titulado *Después de la catástrofe*³. Así nos describe en ese texto la personalidad de Hitler: *La total ceguera para el propio carácter, la erótica autoadmiración y autodisimulo, la depreciación y aterrorizamiento de los demás [...] la proyección de la propia sombra, la falsificación engañosa de la realidad, el querer impresionar e imponerse, la fanfarronada y el engaño se dan la mano en aquel hombre que fue dictaminado clínicamente como histérico y al que un destino extravagante ha convertido durante doce años, en el exponente político, moral y religioso de Alemania*³.

2. O.C., III, Biblioteca Nueva, Madrid 1973, 256-610.

3. C. G. Jung, *Después de la catástrofe*, O.C. 10, 187-208, Trotta, Madrid 2001.

¿Puro azar? –se pregunta el mismo Jung–. Sin duda, no lo fue. Es una ley psicológica inmutable que toda proyección caducada vuelve de nuevo a su origen. Con el “Dios ha muerto” o Dios no existe, la imagen psíquica de Dios, que representa una cierta estructura dinámica y psíquica, vuelve de nuevo al sujeto y engendra una “ semejanza de Dios”, a saber, todas aquellas cualidades propias del hombre loco y que por eso conducen a la catástrofe... *La “semejanza de Dios” no eleva al hombre hasta lo divino, sino que únicamente provoca su petulancia y su maldad. Aparece una caricatura infernal del hombre, que resulta insoportable a todo humano*⁴.

La proyección de la energía psíquica procedente de los arquetipos inconscientes, proyectada sobre el propio Yo, conduce inexorablemente al endiosamiento de sí mismo, en lo que el mismo Jung denominó una “inflación yoica”: el Yo se apropia de una energía que no le corresponde en una identificación inconsciente, aguda o crónica, con un arquetipo de lo inconsciente colectivo, haciéndose y creyéndose partícipe de este modo de su numinosidad. El sujeto se vive a sí mismo en una perversa entidad sagrada⁵.

Y seréis como dioses... Efectivamente, esa fue la tentación original y sigue siendo la más radical y profunda de todas. Ese fue el veneno que la serpiente quiso introducir en el ser humano: presentarle a Dios como un rival que, a diferencia de él, sí lo sabía todo y lo podía todo. Una totalidad que introducía de inmediato la imposibilidad de coexistir. No cabe otra que el “o tú, o yo”, porque la omnipotencia no admite ninguna alteridad. El ser humano, entonces, quiso ser Dios, quiso ser ese Dios que la serpiente le presentaba como el rival que astutamente le dejaba en inferioridad de condiciones: *y seréis como dioses...* Tal fue la tentación original y la fuente más poderosa de todas las que vinieron luego.

4. *Ibíd.*, 127.

5. De nuevo desde una óptica freudiana se podría recordar también el texto de Ernest Jones *El complejo de Jehová*, expresión de un narcisismo colosal y de unas fantasías de omnipotencia: “The God Complex. The belief that one is God, and the resulting character traits”, en *Psycho-Myth, Psycho-History*, Vol. 2, The Stonehill Publishing Company, Nueva York 1974, 244-265. *Ensayos de psicoanálisis aplicado*, Tiempo Nuevo, Caracas 1971, 179-201.

La tentación del paraíso terrenal, en efecto, representa una tentación permanente y que no es otra sino la de poder escapar de los límites de la finitud. Las fantasías que genera se van sucediendo una tras otra a lo largo de la historia: Prometeo, el superhombre de Nietzsche o, en una versión devaluada pero no menos determinante, la de Superman y tantos otros mitos modernos y populares de nuestros días. El proceso de pretendida divinización aguarda siempre momentos y circunstancias particulares que le permitan emerger en figuras históricas y que atinen a erigirse en representantes de ese poder antes proyectado sobre las representaciones religiosas.

Renunciar a la omnipotencia: la que hemos proyectado en Dios, la que los seres humanos intentan apropiarse desde la supremacía política, económica o religiosa (los grandes emblemas del poder) y asumir con humildad que la única fuerza con posibilidad de transformación del mundo es la de la solidaridad, la compasión, el amor. Ese parece ser el mensaje que estas tres mujeres que nos van a ocupar nos dejaron a través y a partir de sus ricas y también trágicas historias.

Tres caminos y un mismo origen y fin

Edith Stein, Simone Weil y Etty Hillesum sufrieron en sus propias carnes el zarpazo de esas espantosas garras del poder en medio del mundo en llamas en que les tocó vivir. Las tres pudieron verificar dramáticamente la fuerza aniquiladora que poseía ese poder político nacionalista, etnocéntrico y sacralizado. Y emprendieron una lucha a muerte para salvaguardarse, preservando lo que nadie les debería arrebatar: su alma. Las tres perdieron la vida como víctimas de esa trágica farsa de omnipotencia que fue la de Hitler. Pero las tres mostraron paradigmáticamente la resistencia a la despersonalización y a la deshumanización. Se “salvaron”, preservando lo más valioso de ellas: su humanidad profunda, su victoria sobre la dinámica de mal, de odio y destrucción en la que se vieron inmersas. De ese modo, se convirtieron en testigos de lo mejor de lo humano y testigos también de un Dios que nada tiene que ver con el Todopoderoso ante el que solo cabría temor y sumisión. Porque en sus procesos personales se encontraron con un Dios que no se manifestaba como poder rival de lo humano, ni siquiera como rival de ese poder detentado por las fuerzas del mal, sino que, por el contrario, descubrieron un Dios plenamente identificado con la fragilidad y la impotencia de los últimos. Un Dios que se revela, no en la fuerza y el poder, sino tan solo en el amor impotente y solidario. Y es allí donde auténticamente “ven- cen al mundo” (Jn 16:33). Es, como veremos, el Dios crucificado de Edith Stein, el Dios desdichado de Simone Weil, el Dios indefenso de Etty Hillesum.

Estas tres mujeres, en efecto, a partir de sus profundas y trágicas trayectorias vitales, enfrentadas a ese poder perverso divinizado, nos condujeron a una resignificación de la imagen de Dios que nos ayuda a una mejor comprensión de ese “Dios diferente”⁶ que fue el Dios de Jesús. Ellas se nos presentan como precursoras de ese cuestionamiento de la imagen de Dios que, como entidad de poder supramundano, se vio muy seriamente cuestionada después

6. Tal es el título de esa sugerente y profunda obra de Ch. Duquoc, *Sígueme*, Salamanca 1978.

de Auschwitz. En efecto, toda una importante producción teológica en la segunda mitad del siglo XX da cuenta de esa puesta en cuestión del Dios omnipotente que, sin embargo, permite el horror del Holocausto⁷. Ya no era posible seguir creyendo en él. O habría que celebrar definitivamente su funeral o habría que pensarlo, repensarlo, de otro modo. Y es así, de otro modo, en efecto, como lo repiensen, con matices diferentes, estas tres mujeres.

Los caminos recorridos por cada una de ellas fueron, en efecto, muy diversos. El proceso de transformación de Edith Stein tuvo como punto de partida una inquietud fundamentalmente intelectual como filósofa interesada por la cuestión de la verdad y del sentido de la vida. Simone Weil, aun siendo igualmente filósofa, llevó a cabo su trayectoria desde una preocupación cuyo motor principal radicó en el compromiso sociopolítico y en la lucha como activista por la justicia social. El itinerario de Etty Hillesum, la más joven de las tres, se llevó a cabo sobre todo a partir de un vínculo amoroso que le fue abriendo a las mejores profundidades de su ser, lugar donde encontró aquello que ella llamó “Dios”.

Edith Stein nace, todavía en el siglo XIX, el 12 de octubre de 1891, en Breslau, entonces ciudad alemana, en el seno de una familia numerosa y fiel a las tradiciones judías. Es la mayor de nuestras tres mujeres. Muere en la cámara de gas con 51 años. Simone Weil nace dieciocho años después que Edith Stein, el 3 de febrero de 1909, en París, en el seno de una familia de la burguesía francesa, alejada del mundo del judaísmo, y muere tuberculosa en Londres el 24 de agosto de 1943 con 42 años. Etty Hillesum, nace en la ciudad holandesa de Middelburg el 15 de enero de 1914 en el seno de una familia judía de clase media, y muere también en la cámara de gas el 30 de noviembre de 1943, con 29 años. Un origen común en el pueblo judío y un final igualmente trágico para las tres, pero sus trayectorias se desarrollan en tres países diferentes, tres lenguas, tres ambientes socioculturales, tres inmersiones distintas en el judaísmo, tres edades diversas para morir.

7. Cf. J. A. Estrada, *La imposible teodiceia*, Trotta, Madrid 1997, *Las muertes de Dios*, Trotta, Madrid 2018.